

Zugásti. El tronco está hueco, y para evitar que los muchachos penetrasen en él y encendiesen fuego que pudiera destruirle, se tapó con tabla el boquete por donde solían entrar. Un día corrió por la barriada la noticia de que el árbol Gordo estaba ardiendo, por haberle prendido fuego involuntariamente algunos muchachos que jugaban á casitas en la concavidad de su tronco, y todos los vecinos acudieron á apagar el incendio, y las mujeres lloraban como si sucediera una gran desgracia.

Poco más abajo del árbol de Arbieto, entre éste y la parroquia de San Vicente, estuvo el colegio ó Instituto de Vizcaya, hasta que se instaló en el magnífico edificio construido al efecto en Bilbao, hace treinta años, y el ilustre D. Alberto Lista, que honró á aquel establecimiento con su virtud y su ciencia como profesor, tenía gran afición al árbol de Arbieto, á cuya sombra se le veía estudiar, meditar y descansar de las fatigas de la cátedra.

Todavía subsiste en Bilbao un caballero que recuerda haber conversado allí con Lista, y haberle oído decir:

— Más poeta que los que hacemos versos y enseñamos á hacerlos, es el pueblo que sin cultura alguna del sentimiento poético tiene el suficiente para conservar, amar y respetar monumentos como éste que nos da sombra.

No debo omitir en este resumen de la historia del árbol de Arbieto una observación algo curiosa: aquel árbol, que cuenta más de seis siglos de existencia, es, quizás, el primero que se cubre de hoja en Vizcaya, por cuyo motivo solía decirme un amigo mío, cada vez que

me encontraba sentado en las gradas que le sostienen y rodean:

— ¡Qué afición tiene V. al viejo verde!

Las últimas noticias que recibo del pobre y venerable viejo son muy tristes, pues son las de que ha sido fusilado por los carlistas, aunque sin causarle grave detrimento. Agrupados y fortalecidos en torno suyo los defensores de la villa, multitud de balas de los sitiadores se han estrellado en el duro tronco del seis veces centenario roble.

## VII.

### LAS ESTAMPITAS.

Había anochecido ya, pero el plenilunio era tan claro, que no se echaba de menos la ausencia del día.

— Ahí tienes á Leandro entregado, sin duda, á sus dulces sueños de poeta, me dijo Francisco indicándome á un jóven que estaba sentado al pié del árbol de Arbieto, tan abstraído y meditabundo, que no notó nuestra presencia hasta que llegamos á su lado, y Francisco le saludó chancera y cariñosamente.

Leandro se levantó, se descubrió la cabeza y correspondió con mucho respeto á nuestro saludo.

— Tengo el gusto de presentar al Sr. D. Fulano de Tal uno de sus colegas, añadió Francisco.

Leandro se puso como la grana al saber quién era yo, y al ver que ante mí se le acusaba de poeta; pero no tardó en serenarse, porque yo hice lo posible para que así

sucediera, sentándome á su lado y hablando largo y tendido con él con la llaneza y afabilidad de un amigo antiguo.

— Ya sé, le dije, porque me ha enterado de ello Francisco; mi querido amigo y compañero de la niñez, que tiene V. las inclinaciones que yo tenía á la edad de usted, aunque en mí estaban infinitamente ménos justificadas, pues yo nada habia estudiado, y V. hasta ha cursado retórica y poética. Es necesario que seamos muy amigos, y con la confianza de tales, hablemos largamente de literatura y de lo que V. ha hecho y espera hacer, á cuyo efecto yo iré con frecuencia por el lindo paraíso de Abando, cuyas puertas me han abierto esta tarde de par en par, y tendré una gran satisfaccion cada vez que usted vaya por mi paraíso de Bilbao, que no llamo feo, porque si carece de flores naturales, no carece de flores del ingenio de nuestros buenos poetas y prosistas.

Francisco, que estaba en sus glorias viendo que Leandro y yo nos habiamos hecho en pocos instantes muy amigos, interrumpió nuestra narracion, diciendo:

— Ea, señores poetas, es hora ya de que cada cual siga su camino, porque doña Mari-Santa estará ya inquieta, temiendo que su Leandro, en lugar de volver de Deusto por Bilbao, haya querido volver por el Helesponto, y le haya sucedido lo que á su tocayo el de Abidos.

Leandro se sonrió poniéndose colorado al oír esto, y se apresuró á despedirse de nosotros.

— Ya va el pobre Leandro tan contento con la estampita que le has prometido, me dijo Francisco al continuar nuestro camino.

Como no comprendiese lo que Francisco queria decirme, iba á preguntárselo, cuando unos niños que jugaban á la luz de la luna, delante de las casas del crucero, me interrumpieron corriendo á besar la mano al señor cura y pidiéndole una estampita, inocente vicio este último á que los habia acostumbrado la bondad de un respetable sacerdote y catedrático bilbaíno, que animado de aquel sentimiento que hacia exclamar á Jesus: «Dejad que los niños se acerquen á mí», encuentra su mayor satisfaccion en verse rodeado de inocentes y hermosos niños, y para lograrla más fácilmente, siempre va provisto de lindas estampitas con que obsequiarlos.

— Se me han acabado las estampas, les contestó Francisco; pero el estampero me está haciendo á toda prisa unas muy bonitas, que serán para vosotros.

Los niños al oír esto, se retiraron saltando de alegría y exclamando:

— ¡Ay, qué gusto! dice que el estampero le está haciendo unas muy bonitas para nosotros.

Comprendí sin más explicacion lo que Francisco habia querido decirme: lo que habia querido decirme era que los adolescentes como Leandro son niños grandes que se contentan con promesas, y que la estampita con que Leandro habia partido contento, era mi promesa de hablar largo y tendido con él de versos y prosas.

## VIII.

## MARI-SANTA Y DON JUAN.

No faltará quien haya extrañado que siendo D. Juan de Gorostiza cabeza legal de la honrada familia que sirve de asunto principal á este libro, este libro no lleve por título su nombre, y sí el de su mujer doña Mari-Santa, en cuya conmemoracion á poco más adopto el título de «Recuerdos de una fea muy hermosa.»

Es necesario que no pasemos más adelante sin explicar la razon de esta que parece sinrazon y no lo es.

Don Juan era, ciertamente, en aquella familia la cabeza legal, pero su mujer era, por excelencia, la cabeza que pensaba y el corazon que sentia. Razones legales valen poco para poetas y filósofos de mi humilde estofa, comparadas con razones de sentimiento.

Mari-Santa amaba, honraba y respetaba á su marido, como si éste fuese el mejor y más discreto de los hombres; pero su marido, que tenía el suficiente talento y la suficiente bondad para conocer que en ambas cosas le aventajaba muchísimo su mujer, habia dicho á ésta:

—Oye, Mari-Santa: se dice que donde hay patron no manda marinero, pero yo he navegado en barcos donde el patron, sin abdicar sus atribuciones de tal, confiaba á un marinero todo aquello en que creia que el marinero le podia suplir con ventaja ó cuando ménos sin desventaja. Yo no me tengo por un hombre inepto,

ni falto de iniciativa y voluntad propias. Salí de una pobre casería de Deusto, y llegué á Buenos-Aires sin más medios de hacer fortuna que los que consistian en unos honrados consejos que me habian dado mis padres, en una elementalísima instruccion que me habia dado el maestro de la aldea, y en una inútil carta de recomendacion que me habia dado no recuerdo quién, y veinticinco años despues volví con cien mil pesos, ganados honradísimamente. Hubiera podido casar en América, quizá duplicando así mi fortuna, pero ni por el pensamiento me pasó el hacerlo, porque siempre me dije: «Cien mil pesos son una fortuna loca en mi país, y con ellos y una mujer buena se puede vivir allí como en la gloria. Buenas mujeres hay en América, pero si me caso con una de ellas, por buena que sea, tengo que renunciar á la dulce esperanza de volver á la patria y pasar allí el resto de mi vida, que es la que me ha dado aliento para trabajar sin descanso durante veinticinco años; ó si vuelvo, sacrifico la felicidad de mi mujer, que no podrá encontrarla en país extraño, y por consecuencia, sacrifico también la mia, pues no seré feliz si mi mujer no lo es. Procediendo así, y así pensando, volví á la patria, busqué compañera digna de mí, me casé contigo, y soy dichoso. Quizá el amor propio me engañe, y todo lo que he conseguido sea obra exclusiva de la ciega casualidad; pero tengo derecho á creer, ó cuando ménos á sospechar, que el que todo esto ha conseguido no carece por completo de inteligencia ni corazon.

—¡Pues no lo has de creer, querido Juan! exclamó Mari-Santa con los ojos arrasados en lágrimas de ternu-

ra, echando amorosamente uno de sus brazos al cuello de su marido, y si no echó los dos fué porque el otro le tenía muy ocupado en sujetar suavemente contra su seno á Leandrito su primogénito, cuyos sonrosados moflillos se hinchaban con el dulce jugo del pecho maternal. ¿No sabes, añadió sonriendo con indecible amor y felicidad, que yo soy más pícara que hermosa, y no me hubiera casado contigo si no hubiera llegado á persuadirme de que encontraba en tí lo que tú sospechas que tienes, y aún mucho más que tu excesiva modestia no te deja ver? ¡Bendita sea la Virgen de Begoña, que vino en mi ayuda cuando se la pedí en la ocasion más solemne de mi vida!...

— ¿Qué ocasion fué esa, mi pobre y buena Mari-Santa?

— Te diré cuál. Nos habíamos conocido en Santurce durante la temporada de baños; mis padres, que estén en gloria, te habían ofrecido nuestra casa; nos habías visitado en Gorostiza cuando volvimos á pasar aquí el otoño, y en Bilbao cuando volvimos allí á pasar el invierno; me habías dicho en Santurce que me querías, y esperabas mi consentimiento para decírselo á mis padres...

— Sí, me enamoraste por lo hermosamente fea y santamente llorona que eras.

— Yo creía que me querías en efecto, pues no dirigía una vez los gemelos á Deusto sin que te encontrase catalejeando á Gorostiza...

— Ni yo dirigía una vez los gemelos á Gorostiza sin que te encontrase catalejeando á Deusto...

— ¡Eh, embusterazo!... Un domingo me dijiste: «Ma-

ri-Santa, es necesario que me dé V. su contestacion definitiva, porque hace cerca de un año que vivo en esta incertidumbre, y ya no puedo más con ella.» Y yo te contesté: «Se la daré á V. de hoy en ocho dias.» Era que todos los sábados por la tarde subíamos mamá y yo á la salve de Begoña, y... (añadió Mari-Santa sonriendo) quería consultar á la Virgen si debía ó no darte calabazas.

— ¡Bendita sea la Virgen que te aconsejó no me las dieras, sin duda porque tenía muy buen concepto de mí desde que, al preparar mi viaje en Buenos-Aires, mandé hacer una azucenita de oro, y al entrar con ella en el buque en que debía tornar á la patria, levanté á Dios pensamiento y corazon y le dije: «Señor, déjame llegar con bien ante aquella *amá-virgiña*, á quien recé cuando niño conducido á su templo por la amorosa mano de mi madre, para que pueda ofrecerle este símbolo de su pureza y de la de mis intenciones!

— Pues bien, Juan, la *amá-virgiña* de tus oraciones de niño aldeano, que tambien se llama así en mis oraciones de señora bilbaína, pues me parece que la lengua de los campos es más expresiva y tierna y pura para hablar á la Virgen sin mancilla que la lengua de las ciudades, *amá-virgiña* de Begoña, á quien pedí con toda mi alma que me inspirára la contestacion que debía darte, me inspiró la que al dia siguiente te dí en el Arenal...

— Bien recuerdo dónde y cómo me la diste. Verás como nada he olvidado. Veniais tu madre y tú de misa, y yo paseaba con el anciano confesor de tu madre; parámonos á saludaros, y miétras el señor cura hablaba con

tu madre de los preparativos que se hacían en Santiago para las flores de Mayo, tú y yo hablábamos de las rosas que comenzaban á entreabrirse en aquellos jardinillos. Dos letras seguidas de una interrogante rabiaban por escaparse de mis labios, y al fin se escaparon temblando de incertidumbre. ¿Sí? te pregunté lacónica y tímidamente, y... sí, me contestaste bajando los ojos y poniéndote tan colorada como las rosas objeto de nuestras murmuraciones. Pero dejemos ya estos dulces recuerdos, y vamos, Mari-Santa mia, á lo que hoy me había propuesto decirte. Cuanto más te he ido conociendo, me he ido convenciendo más y más de que en este buquecillo en que hacemos el resto del viaje de la vida, procurando los dos de consuno que sea lo más próspero posible, aunque haya un patron, que soy yo, debe mandar un marinero, que eres tú.

— ¿Pero estás loco, Juan?... El marido no debe renunciar...

— No hay aquí renuncia que valga; lo que hay y debe haber es delegación. Sin tenerme yo por un inepto para el gobierno de la casa, reconozco en tí superioridad muy grande para ese gobierno, y te le encomiendo, reservándome sólo el de todo aquello que es impropio de una mujer. Harta ocupación voy á tener durante mucho tiempo en el arreglo de los bienes que heredaste de tu bondadoso, pero desordenado padre, y en el de mis intereses, que descuidé durante el año escaso de novio y el año largo de casado, para no pensar más que en tí.

— Juan, doy todo el infinito valor que tiene á ese nuevo testimonio de cariño y confianza que me das, y pro-

curaré que no te arrepientas de haber consentido que donde había patron mandase marinero.

Dar á conocer estos antecedentes de la vida de Mari-Santa era poco ménos que indispensable para que este libro, lleno de defectos, no empezase á tenerlos de órdago en su mismo título.

## IX.

## LA VISITA.

Una mañana, cuatro días despues, me encaminé á Abando por el árbol Gordo. Gratas son las mañanas y las tardes de Abril y Mayo en nuestros valles y montañas del litoral cantábrico, y algunas horas ántes de tomar la pluma para escribir este capítulo he tenido ocasion de recordarlo, viendo los campos que rodean á Madrid, áridos, secos, desolados, á pesar de que corren los primeros días de Junio, única estación en que suelen vestirse de un poco de verdura, que San Isidro trae y San Juan se lleva.

El viento del Sur que madura la uva, las castañas, las manzanas y el maíz, empieza á soplar á fines de Agosto, y es demasiado desapacible y cálido para los que tenemos el cuerpo lleno de cuerdas de guitarra que vibran sin compasión á su soplo; pero en los no escasos días en que el viento castaño, como allí se le llama, se está por sus arenas de África, ¡qué grato es recorrer nuestros campos y aldeas! Las muchachas rien y cantan en las vendimias; las mujeres casadas charlan y entonan